

FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN



UCRANIA: EL DESAFÍO DE LO QUE NO VOLVERÍA A OCURRIR

Nº 342 | 09 de marzo 2022



Ideas & Propuestas

RESUMEN EJECUTIVO

El inicio de la ofensiva militar rusa en territorio ucraniano desde el pasado 24 de febrero ha conmocionado a la opinión pública internacional. Tras semanas de tensión y especulaciones a favor y, sobre todo, en contra de una real posibilidad de intervención armada, ahora, el mundo contempla desde las pantallas un grado de destrucción desconocido en Europa por muchas décadas.

El presente número de *Ideas & Propuestas* lo dedicaremos a revisar una serie de antecedentes que contextualizan las tensiones y lazos históricos entre Ucrania y Rusia, para luego dilucidar las posibles motivaciones detrás de la drástica decisión de Vladimir Putin y así esbozar posibles escenarios futuros.

I. ANTECEDENTES

El pasado 15 de febrero, las bolsas financieras del mundo reportaron alzas ante un repliegue apenas parcial de tropas rusas apostadas contra las fronteras de Ucrania, incluso desde territorio bielorruso. De poco valieron advertencias como las de Joe Biden, mandatario estadounidense, entre otros, con reportes de inteligencia develando la permanencia del grueso de las tropas, que incluso construían puentes para un próximo avance.

El mercado prefirió la evidencia inmediata y, tal vez, hasta se les figuró inmemorial, en épocas de cortedad de memoria. Es que Vladimir Putin, presidente de la Federación de Rusia, ya había obrado así el 22 de abril de 2021, tras un mes de iguales presiones a Ucrania. Aun el reciente 21 de febrero, con las violaciones del cese al fuego en alza a lo largo del frente con las repúblicas separatistas de Donetsk y Lugansk, día que recibieron el reconocimiento oficial ruso, el mundo prefería entenderlo como un acto más de los tira y afloja de Putin.

Es que, después de todo, pareciera que Occidente se resiste a abandonar las premisas optimistas del final de la Guerra Fría, por más despotriques contra Francis Fukuyama y su tesis del “final de

la Historia”: se mantiene la creencia, a causa de los sufrimientos pasados, de que en Europa nunca más será posible una “gran guerra”.

En cambio, apostando al más crudo realismo geopolítico, el líder ruso ordenó el 24 de febrero una “operación militar especial”, que va alcanzando las dos semanas de duración y cada día luce menos acotada a lo que aquel título nos sugiere. Mientras al resto del mundo parecía abrírsele el gélido umbral de una hoy inconcebible Tercera Guerra Mundial, los ucranianos viven esto como el indeseable nuevo capítulo de un conflicto iniciado en 2014, cuando tropas equipadas y armadas, pero sin insignia de Estado alguno (?), ayudaron a la población prorrusa en la anexión rusa de Crimea, junto a la secesión de las dos “repúblicas populares”, añadidas al anecdotario de la ya vieja Transnistria, además de Abjasia y Osetia del Sur, frutos de la intervención rusa de 2008 en Georgia, que podría haber sido un antecedente valioso para entender las metas del gobernante ruso, si no hubiera sido tan infravalorado por parecer un hecho demasiado lejano y atrevido como para que Putin pudiese intentarlo en Occidente. Bueno, hoy ya lo tenemos aquí.



Foto: cnn.com

II. RAZONES ESTRATÉGICAS DE PUTIN

Evidentemente, la razón primaria esgrimida por el gobierno ruso para defender su ofensiva es el “inminente” ingreso de Ucrania en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Bajo consideraciones de orden histórico y geográfico, es efectivo que dicha incorporación clava una cuña en los márgenes suroccidentales de Rusia europea, en un territorio donde una ofensiva amplia será siempre difícil de contener, como mostró la Segunda Guerra Mundial. A esto parece apuntar el objetivo de Putin por “desmilitarizar” Ucrania.

No obstante, suponer que una adhesión ucraniana al tratado implica un deseo ofensivo o expansionista de este país o de toda la liga, supone una premisa voluntarista al ignorar el deficiente estado actual del pacto —que el presidente Macron de Francia calificó de “muerte cerebral” en 2019— y se niega a reconocer las razones de su expansión post Guerra Fría en Europa Oriental, donde los países de la ex

órbita soviética vieron su ingreso en ella como la compra de un seguro de vida que impida verlas, otra vez en la historia, convertidas en botín de algún imperio plurinacional, perfil al que solamente Rusia va respondiendo en la región.

Si bien la generación de Putin siempre podrá alegar el trauma de que en 1989 su patio delantero a Europa iniciaba en Eisenach (RDA) y que hoy la OTAN va ya golpeando su puerta en la margen báltica, interpretándolo como una provocación *per se*, dicha argumentación develaría de cualquier modo las premisas aún imperialistas en su aproximación a las relaciones internacionales, tanto más cuando ha quedado en evidencia la disposición del gobierno ruso a oponerse por la fuerza a decisiones de Estados soberanos que le son ajenos, actitud a la que Rusia ni siquiera se atrevió en lo más álgido de la polémica por la instalación del “escudo antimisiles” en Europa Oriental, a contar de 2010.

A este respecto, las comparaciones de algunos analistas entre la guerra en Ucrania con “la crisis de los misiles” de 1962, no parecen calzar tan perfectamente. De hecho, ni en aquel caso ni en el del “escudo antimisiles”, la existencia fáctica de armamento potencialmente ofensivo condujo a la nación amenazada a la decisión de una “guerra preventiva”. En el caso ucraniano actual, no existía la amenaza fáctica y ni siquiera se concretaba aún la adhesión diplomática formal de Ucrania en la OTAN.

Así, una comprensión más acertada de la posición rusa parece ser la de la “expedición punitiva”, expediente que podría remitirnos al zar Nicolás I, el “gendarme de Europa” contra los revolucionarios húngaros en 1848-1849, y luego enfrentado a las potencias europeas en la Guerra de Crimea (1853-1856). Esta dinámica volvió a relucir bajo el régimen soviético en los aplastamientos a la revolución húngara de 1956 y de la “primavera de Praga” en 1968. Bajo esta óptica, también se comprenden mejor otros elementos anexos, usados en la retórica justificativa de Putin, como que los ucranianos están siendo manipulados por los intereses de Occidente, en su llamado a “desnazificar” aquel país e incluso cuando apela a los militares ucranianos pidiéndoles derrocar al gobierno de Zelenskyy, al que calificó con la palabra castellana “Junta”, recurso ideológico instalado por la propaganda soviética contra el Régimen Militar chileno.

El conjunto de estos elementos, con aires de pasado, nos sugieren que en la mentalidad de Putin y su círculo gobernante todavía se atiende a principios similares a los de la “doctrina Brezhnev” y la visión geopolítica soviética de los años 70’. De hecho, las destempladas

declaraciones hacia Occidente de parte de Putin y su canciller, Serguéi Lavrov, apelando por primera vez en décadas a la posibilidad de un conflicto atómico con aquellos que se inmiscuyan en lo que Rusia considera asunto propio, parecen retrotraernos a la época inmediatamente anterior a la *Détente*, retórica que nunca se superó del todo hasta Gorbachov. Bajo su propia dinámica, Rusia sólo estaría salvando lo que le corresponde: su *hinterland* de influencia y, a la vez, su *heartland* histórico; la raíz de su secular Estado. Bajo esta retórica nacionalista pareciera pensarse que, si bien se puede tolerar su independencia, jamás podría tolerársele a Ucrania el enajenarse del “destino común” que ata a los dos pueblos hermanos y, mucho menos constituirse por voluntad propia en el “nuevo Kosovo”, hecho a la medida de la OTAN.

Precisamente, la invocación a la intervención de la OTAN en los Balcanes a fines de los 90’—dato apenas considerado en Occidente— posee fuerza demostrativa para muchos rusos acerca de la mala voluntad que EE.UU. y todos sus aliados mantendrían contra su país y afines, a pesar del fin de la Guerra Fría. De hecho, el régimen autoritario no ha tenido empacho en recurrir al discurso antidiscriminación de las minorías, denunciando la “rusofobia” evidente en las sanciones internacionales hoy impuestas, pero que contrasta con declaraciones casi nihilistas de Putin en el pasado reciente, sosteniendo que, ante un apocalipsis atómico, los rusos irían al Cielo o preguntando “¿para qué querriamos un mundo donde no vaya a estar Rusia?”. Así, la motivación de la potencia que hoy a todas luces parece como agresora, trasluce una naturaleza esencialmente victimista, la que va permeando cada vez más la agenda internacional del régimen de Putin.



Foto: nytimes.com

Si a esto sumamos que en los regímenes personalistas la suerte del Estado y de la Nación suele verse, a ojos del líder, indisolublemente unida a su propia continuidad en el Gobierno, añadimos con esto otra pizca de comprensión a este victimismo que hoy moviliza a sangre y fuego la política internacional rusa. Esta se ha manifestado ya en la sospecha contra las “revoluciones de colores” en la década de 2000, el apoyo a Viktor Yanukovich tras su destitución como presidente de Ucrania en 2014 y los recientes apoyos tajantes a Aleksandr Lukashenko y Kasim-Yomart Tokayev ante las recientes manifestaciones de malestar social en Bielorrusia y Kazajstán. Si lo sumamos a la condena de opositores internos como Alexei Navalny y denuncias a una serie de organizaciones a la que la justicia rusa ha calificado de “agente extranjero”, podremos obtener un cuadro en que, a ojos de sus gobernantes, Rusia se autopercebe sitiada por dentro y por fuera, suponiendo que aquello no puede carecer de cierta coordinación.

Finalmente, pareciera que Putin se vio impelido a la ofensiva para no abusar, a ojos de su propio pueblo, del recurso de mover y quitar tropas de la frontera hasta parodiar el cuento de “Pedrito y el Lobo”. A su favor creyó contar con la superioridad anímica de su pueblo frente a la “pusilanimidad” occidental, demasiado pacifista y ensimismada en su cómodo tren de vida, lo que unido a su acostumbrada retórica de desescalar diplomáticamente los conflictos, frenaría cualquier intervención militar abierta de Occidente en auxilio de Ucrania; lo que nos ha hecho recordar escenas propias del “Acuerdo de Múnich” de 1938. Además, la inigualable contingencia de la pandemia de Covid-19 debía ser un freno a cualquier intento explícito de auxilio a su víctima.

Lo que no sabemos con real certeza es si Putin previó el grado de coordinación internacional que han alcanzado las actuales sanciones económicas contra su país, impensadas incluso contra la Unión Soviética durante la Guerra Fría.



Foto: vox.com

III. POSIBLES CONSECUENCIAS

A pesar de la extensión en días que sorpresivamente ha alcanzado el conflicto, sin que Rusia haya podido capturar la capital ucraniana, Kyiv. Así, van apilando ingentes pérdidas en vidas y material bélico frente a la patriótica resistencia de los ucranianos, cuya victoria y la de su presidente, Volodymyr Zelenskyy ha sido la de ganar tiempo y obtener a través de la televisión y redes sociales la mayor cantidad de adhesiones. No obstante, desde un punto de vista técnico, lo más previsible es la captura de dicha capital y los principales centros urbanos de Ucrania por parte de Rusia, a fuerza de cansancio y su mayor número. Todo parece indicar que Putin no escatimará recursos hasta imponer sus condiciones.

Si bien mucho se ha especulado acerca de los escenarios de posguerra, lo único que parece apenas tolerable en un mundo de posguerra sería la formación de un nuevo gobierno, dócil a las directrices moscovitas,

pero lo suficientemente ucraniano para controlar a su población, la que ahora sí se sabe decididamente antirrusa. Las posibilidades de anexión de fracciones importantes del territorio ucraniano a Rusia pareció descartarlas el propio Putin en su famosa reprimenda a su jefe de Inteligencia Exterior, Serguéi Naryshkin, el pasado 23 de febrero. Tampoco parece viable la creación de un nuevo “Estado-tapón” en Ucrania Oriental (lo que se especuló bajo el nombre de “Nueva Rusia” en 2014), pues entregaría la zona a la inestabilidad de una insurrección urbana y rural, además de condenar a Rusia a un mayor ostracismo en el concierto internacional.

De hecho, están por verse aún los efectos que provocarán las sanciones internacionales al interior de Rusia. Esto podría producir en el mediano plazo una protesta social contra la pauperización de la vida y, a través de ello, una mayor adhesión de



Foto: [financialexpress.com](https://www.financialexpress.com)

solidaridad hacia Ucrania, que son vistos como hermanos eslavos. También pudiera provocar lo contrario, una adhesión cerrada de la mayoría hacia el régimen de Putin, sumándose a la popular retórica del asedio internacional. El primer escenario no parece plenamente posible, pues el régimen mantiene férreo control de las comunicaciones y reducidos a lo ínfimo el número de opositores declarados. Por lo demás, la popularidad de Putin sigue siendo alta. La segunda, si bien es más factible y cuenta con la caja de resonancia de los medios oficiales o permitidos, con todo, no impide la filtración de noticias desde el exterior. Además, la dificultad de justificar la invasión y los masivos ataques a civiles, tienen el conocido tufillo soviético de la represión a la libertad de prensa que inspira a muchos rusos a no dejarse convencer. Si a ello sumamos el cansancio natural

tras 20 años del régimen de Putin, la opción más natural para el ciudadano común ruso puede que sea mantener una postura pública de no intervención, que la gente se entregue a la indiferencia del que no puede hacer más. Y es que, a pesar de algunas voces de la élite rusa que han sido abiertamente críticas ante el conflicto, las opciones de un “golpe de guante blanco” que dirijan a Rusia en otra dirección, no parecen tener evidencia a favor.

Por su parte, la opción de una retirada rusa se ve inviable. Solamente un desgaste mayúsculo provocado por las fuerzas ucranianas podría producirlo, y en este tan desigual combate, es difícil determinar la manera en que Putin podría hacer algo así sin parecer que está claudicando a sus propósitos originales, reconociendo virtualmente su primera derrota militar.



Capullo 2240, Providencia.

www.fjguzman.cl

 /FundacionJaimeGuzmanE

 @FundJaimeGuzman

 @fundacionjaimeguzman